

Nápoles, Julio 25 de 1869.

AMIGA MIA:

En cumplimiento de lo que ofrecí de contarte lo que viera y oyera en Nápoles, en el curso de mi expedición, me dispongo para darte una idea de ella aunque no sea de una manera detallada, supuesto el poquísimo tiempo que permanecí en la ciudad, que no pasó de una semana, insuficiente para conocer á fondo los objetos que encierra y dar una razón circunstanciada de ellos.

Comienzo, pues, diciéndote: que el 10 del próximo pasado Junio, á las seis

de la mañana, estuvimos instalados Pesado y yo en la Estacion de Roma, en cuerpo, sin sacos de noche ni otro estorbo alguno, dizque para pasearnos libremente sin otra dependencia: mi compañero llevaba solamente unos puños y cuellos en la mano, y yo la cartera en la bolsa de pecho surtida de cien pesos en billetes para verificar nuestro paseo.

Sonaba la campana del tren anunciando el primer toque de marcha, cuando yo saqué mi cartera y, tomando un billete de á diez pesos, me entré por la multitud agolpada á la ventanilla para tomar su boleto. Pugnaba cada cual por ser el primero y la apretura se hacia mas insoportable. Sonó el segundo toque, y faltando solamente el tercero para marchar, el tumulto crecia mas y mas; yo sudaba la gota gorda, pero por fin llegué á la ventana y compré mis boletos, echándome á la bolsa dos pesos que dieron vueltos.

Con mil trabajos salí de entre la multitud y, tratando de sacar la cartera,

me encontré con que ésta ya no existía, porque se me fué la mano en el vacío.

Creendo que estaría tirada á los piés de la gente, busco, y nada; entónces vuelvo á meter la mano á la bolsa y noto que se pasa por una abertura extraña: era que me habian cortado el saco y se habian llevado la cartera con los noventa pesos sobrantes para el viaje.

Al ver ésto Pesado, se puso pálido y me preguntó: qué hacemos ahora?

—¡Bah! marcharnos á casa, le contesté.

Estábamos en esto, cuando apareció el señor Bompiani, que al vernos con dos palmos de nariz y cariacontecidos nos preguntó ¿qué era lo que nos habia pasado?

Yo le conté lo sucedido, mostrándole la zajada que el ladron habia practicado en el bolsillo del saco y volviendo á interpelarnos sobre lo que pensábamos hacer, le contestamos que marcharnos para nuestra casa.

Entónces su generosidad le aconsejó

ofrecernos dinero para no interrumpir nuestro paseo ni perder los billetes tomados.

—Yo llevo el mismo camino que ustedes, nos dijo, porque voy á Belettri, y pasado mañana tendrán en Nápoles los cien pesos que necesitan.

Con esta confianza, seguimos el camino para esa ciudad, colocándonos en el wagon á tiempo que sonaba el último toque de marcha.

Por algun tiempo transitamos por campos eriales, llanuras monótonas y solitarias, en las que no se veian sino alguna que otra poblacion y nada de rancherías, haciendas ú otra cosa que indicara las faenas de la agricultura: parecia mas bien un campo desolado en el que habia acontecido un cataclismo que todo lo habia hecho desaparecer, hasta al hombre y los animales.

Al ver esta aridez, la falta de árboles y aún la de algunos pequeños sembrados que revelaran la presencia del hombre, recordé la mala impresion que me causaron las campiñas que recorrí

por el lado de Civita-vechia á mi entrada á Roma, y veía que todos los campos que circundan la ciudad eterna son iguales, todo manifiesta que la agricultura y el trabajo han huido de esos lugares y el hombre quiere aproximarse aquí á los primitivos tiempos de la naturaleza.

Pesado y yo hacíamos idénticas observaciones, porque era la misma la imagen que hería nuestras pupilas y su aspecto triste nos las inspiraban.

Cuando despues de mas de dos horas de un camino fastidioso en que íbamos cansados de tanta monotonía aparece á nuestros ojos como por encanto, al volver la curva de una loma, una especie de oasis en el confin del desierto que cruzábamos....

—¡La campiña de Nápoles! exclamó uno de los pasajeros que venía cerca de nosotros.

¡Qué contraste tan agradable se presentó á nuestra vista en esos amenísimos campos colmados de vegetación, cruzados de arboledas frondosas, bordados

de verde césped y los campesinos alegrando por todas partes la campiña con sus pintorescos trajes, depositando las simientes en la tierra y recogiendo otras cuadrillas en las que iban mujeres y niños, el cáñamo y el lino, que ligaban en pequeños haces!

Le decía á Pesado, que iba absorto como yo en la contemplacion de ese dilatado jardin que por todas partes respiraba luz y alegría: ¡qué diferencia de la campiña de Roma tan triste, tan desolada, que representa mas bien la imagen de la muerte, á la de estos sitios encantadores, en que se mira la mano del hombre por todos lados y el trabajo resplandece anunciando vida y animacion! ¡Ya se ve! la Roma de otro tiempo yace bajo los escombros de la actual, reposa bajo el palacio de los Césares, de los escombros de los templos y apenas asoman algunas maravillas del pueblo rey, que son el asombro de las generaciones actuales.

Hoy en lugar de aquel, existe otro pueblo que gime en la opresion y una

mano de hierro pesa sobre su garganta para ahogar en él todo germen de instrucción, é impedir que se inoculen en sus venas algunas burbujas de la sangre de los pueblos modernos de otras naciones que respiran el aire de la libertad y alientan la vida de la civilización; por eso los Estados pontificios son un cementerio y reposa en él el pasado de Roma, esperando el día de su juicio para despertar á otra vida diferente, á una vida civil en la que aparezcan hombres que imiten las virtudes de sus antepasados, y su virilidad para acometer cosas grandes y sentarse en el congreso de las naciones modernas. Pronto vendrá ese día deseado y la triste campiña que acabamos de dejar, la que han abandonado hasta los pájaros y otros seres que animan la naturaleza, se cubrirá de verdor y el trabajo sentará sus reales para nivelarse á sus hermanas, enriqueciendo al hombre y haciéndole igual á los demás.

Caminábamos muy divertidos admirando los diversos puntos que recorría

==

la locomotora, bien por la alegre situación topográfica de los lugares, sus arboledas, sus campos cultivados de viñedos y cereales, bien por las risueñas poblaciones que tocábamos al paso y los muchos campesinos que se dedicaban á las diversas labores del campo, cuando al ir formando una curva de Sur á Este, á la falda de una montaña, apareció la eminencia del Vesubio coronado de un penacho de humo, que, elevándose á cierta altura, se extendía después en estratos horizontales, inmóviles por la serenidad de la atmósfera, que armonizaban con el azul purísimo de los cielos.

Dos ó tres veces apareció y desapareció el volcán por las ondulaciones y quebradas del terreno, hasta que por fin se dejó ver en toda su magestad al lado del bellissimo panorama de Nápoles y á sus piés, las lomas donde están situadas las históricas ciudades de Pompeya y Herculano perdidas hace cerca de dos mil años y descubiertas en la época presente.

Llegamos, en fin, á la estacion del ferrocarril y disponiéndonos á bajar del wagon, Pesado me dijo:

—Como nuestro capital consta solamente de los dos pesos que le dieron á usted vueltos en la estacion de Roma, y yo tengo en la bolsa apénas unos cuantos bayocos, será bueno economizar lo más que se pueda este poco dinero para que nos alcance hasta pasado mañana que recibamos la libranza de Bompiani.

—Dice usted muy bien, le contesté.

—Comenzaremos, entónce, por tomar un coche guiado por un cochero muchacho, que tal vez no cobrará lo que un hombre grande.

—Bien, dije yo, llamando á uno que á la sazón llegaba cerca de nosotros.

Subimos al coche, y como la economía debia durar mientras no tuviésemos dinero suficiente, no quisimos albergarnos en un hotel de primer orden, sino que preferimos uno mediocre que sin embargo tuviera algunas ventajas; y, como los compañeros de wagon, co-

nocedores de Nápoles, nos indicaron varios, entre ellos el de "La Cruz de Malta," ordenamos á nuestro pequeño auriga nos condujese á él.

En efecto, comenzó á entrar el carruaje por las primeras calles de la ciudad y nosotros á dirigir la vista con avidez por todos lados; pasábamos de algunos callejones estrechos con el piso irregular, y salíamos á vías mas espacijas con bellos edificios; á poco desembocamos á una calle bellísima en la que habia un hervidero de gente, miles de carruajes de todas clases y categorías, palacios suntuosos á derecha é izquierda, plazas espacijas embellecidas de jardines y fuentes monumentales, cascadas artificiales, estatuas y.... un maremaguem, en fin, que nos tenia absortos y aturdidos.

—¿Qué calle es esta? interpelamos á nuestro cochero.

—*E la via di Toledo*, nos contestó llegando á una esquina, en la que efectivamente ví el nombre de la calle.

Caminábamos y mas caminábamos

entrando de nuevo á otras calles estrechas y chiribitiles en las que hormigueaban napolitanos del pueblo, descalzos y con gorras encarnadas, mujeres y niños bastante sucios; pero nada de llegar al hotel de La Cruz de Malta; mirando que pasaba tiempo, lo que ántes no habíamos reparado por ir tan entretenidos, preguntó Pesado algo impaciente al muchacho:

—¿Pues hasta dónde está este hotel?

—*Piu di la*, contestó el cohero con mucha calma.

Siguió andando impasible el carruaje, continuando las vueltas y revueltas; Pesado y yo comenzamos á perder la paciencia y especialmente el primero, que prorrumpió en una interjeccion bastante sonora, añadiendo:

—¡Con mil diablos! ¿A qué hora llegamos á ese hotel condenado?

—*Un pochitino, mio padrone, un pochitino.*

—¡Habrás botarate! exclamó Pesado dirigiéndose á mí; seguramente nos lleva hasta el infierno donde estará situa-

do ese hotelucho.... ¡Y no tener dinero para ir á otro que habríamos encontrado inmediato á la Estacion; malditos ladrones; y luego dicen que sólo en México se roba!

Al ver yo la altura á que se encontraba la impaciencia y la cólera de mi compañero, traté de añadir combustible al incendio para divertirme, pues á mí me alegraba que el muchacho nos llevara de ceca en meca, porque así me hacia conocer la ciudad; y dije sonriendo:

—Seguramente este bribon nos da un paseo por toda la ciudad á fin de ganar tiempo y sacar mas alquiler del coche....

No habia acabado de decir esto, cuando Pesado exclamó colérico:

—Pero, demonio! ¿á dónde nos llevas que hace hora y media que nos traes de aquí para allí?

—*Signore, si me ha perso el hotel e lo vade a trovar.*

—Qué trovar, ni qué trovar! ¡bruto!

debias haber dicho que no sabías donde era. Yo me reia con esta cólera impotente de Pesado, porque de todas maneras era preciso llegar tarde ó temprano al susodicho hotel para lo que habia yo dispuesto, dejar aquel coche y tomar otro; cuando deshaciéndose mi compañero en maldiciones y denuestos contra el cochero, paramos frente á la posada que no es tan despreciable como yo habia creido, y, muy al contrario, su fachada es regular y está situada frente á una de las mejores plazas de la ciudad con un parque ó jardin que le comunica muy agradable vista.

Seguramente habriamos pasado en nuestra prolongada excursion, diez veces lo ménos, frente del edificio; y hasta ahora ignoro si el muchacho cochero no lo conocia en efecto, ó fingió no conocerlo para hacerse pagar un poco mas, como en efecto lo intentaba pidiendo el importe de dos horas; pero yo le pagué una, yéndose el muchacho medio refunfuñando porque no le di mas y por las imprecaciones que en

italiano y español le lanzaba mi compañero.

Entramos al hotel definitivamente y tomamos dos cuartos contiguos el uno del otro y, á poco, salimos á la calle para conocer la ciudad un poco mas de lo que la conocimos en el carruaje.

Mucho nos agradaba, tanto la situacion de la ciudad en una localidad irregular, llena de laberintos y vericuetos que le comunicaban una gran variedad al conjunto, como sus calles alegres, llenas de gente, carruajes y vendedores, y sus edificios á la española, cosa que nos llamó la atencion y nos hizo recordar á México, porque desde mi salida de ese querido país, no los habia vuelto á ver semejantes.

La linda calle de Toledo que hacia cerca de dos horas habia visto ya desde el carruaje, me agradó mucho mas mirándola con atencion, por su gran movimiento, la multitud de carruajes, las dos hileras de palacios que la flanquean, sus plazas extensas, los jardines que la cortan de trecho en trecho y por

su posición á la orilla del mar que va formando una herradura y desde muchos de sus puntos se miran los mástiles de los buques, las aguas del golfo y en el confin, hácia el Sudeste, el Vesubio con su gran columna de humo espeso que se difunde por los aires. Como á la hora que verificábamos nuestro paseo, el sol estaba inclinado hácia el Ocaso, sus alegres rayos tenían color de rosa todas las alturas situadas frente á una de las plazas, donde Pesado y yo nos hallábamos sentados, admirando aquel panorama encantador en el que sobresale el magnífico palacio real de Capodimonti, algunos templos y otros edificios espléndidos.

Largo tiempo permanecimos en aquel lugar gozando de todo lo que nos rodeaba, mirando con avidez cuanto se nos presentaba, que como una linterna mágica pasaba rápidamente á nuestros ojos, cambiando de forma segun eran los grupos de la gente que pasaba y los mil carruajes que se sucedían sin cesar.

Cuando casi oscurecía del todo, ilu-

minados con la luz del crepúsculo y la del gas que comenzaba á encenderse, tomamos el camino del hotel mezclados en esa inmensa multitud y costándonos fatiga pasar las boca-calles por la línea no interrumpida de carruajes que poquísimas veces se interrumpía.

Con algun trabajo llegamos á la plaza donde estaba situado nuestro hotel, aunque no estaba distante del centro.

Era la hora de la comida.

Nos sentamos á la mesa surtida de fuentes en donde humeaban los guisos de la sabrosa cocina italiana, sin faltar los legendarios macarrones y el vino *rosso é bianco*.

Cuando hubimos terminado la comida, volvimos á salir á la calle y continuamos paseando hasta las once de la noche que regresamos á nuestro hotel.

Cuando estuve en mi cuarto, noté con sorpresa que la ventana daba frente al Vesubio, porque al situarme inmediato á ella me hirió la vista la viva luz que despedía del cráter: era que la columna de humo, de noche, se tiñe con

el fuego que está en las entrañas del volcán y aún por los bordes exteriores se miran correr pequeños arroyuelos de lava.

Me estuve observando largo rato esta novedad y todas las noches que volví de mi paseo, ántes de acostarme, tomaba una silla y me sentaba largo rato á contemplar aquella maravilla de la naturaleza.

Al otro día nos levantamos Pesado y yo bien temprano, para ir con la fresca á recorrer la parte alta de la ciudad, pues siendo como era, el mes de Julio, el calor en Nápoles se deja sentir con alguna intensidad al medio día. Pero una cosa se me ocurrió que comuniqué á Pesado y no dejó de sobresaltarle: que tal vez esa mañana no nos dejarían salir del hotel si nó pagábamos la noche y la cena que nos habían dado, supuesto que no llevábamos equipaje sino que, como dije arriba, íbamos en cuerpo gentil, pues sabida es la costumbre que hay en los hoteles de pagar diariamente los pasajeros cuando no condu-

cen consigo objetos que garanticen su piso y las comidas que toman.

En efecto, nos dirigimos valientemente á la calle despues de tomar un regular desayuno, pasando frente al despacho en donde dimos los buenos días al administrador y, cuando esperábamos que nos hablara de pago del hotel, vimos con sorpresa que nos dejaba marchar sin decir una palabra; cosa que nos admiró y que tuvimos por una distraccion suya.

Sin embargo, como me quedaban en la bolsa dos reales apénas y el dinero del señor Bompiani no debia llegar sino hasta el otro día, debiamos por consiguiente volver á tomar el almuerzo á la Cruz de Malta y entónces sí que podía arder Troya, porque ya tendríamos Pesado ó yo que quedar reclusos por mas que él manifestara que era hijo de uno de nuestros notables poetas y yo un artista, aunque aprendiz en Roma.

En estas consideraciones Pesado echaba nuevas pestes contra los ladrones del mundo y especialmente cebaba

su cólera contra el que me cortó la bolsa en la Estacion de Roma, pues por su causa nos hallábamos en esos aprietos y, teniendo tan pocos centavos en el cuerpo, tampoco podíamos pasearnos á nuestras anchas, tomando carruaje para las horas del calor ni gozar de otras ventajas que proporciona siempre el dinero.

A medio dia regresamos á almorzar, y así sucesivamente á la comida, desayuno del otro dia, etc., y, en cada una de estas veces, esperábamos que el patron nos cobrara; pero nada, no sé qué santo nos favoreció, ó tal vez nuestro garbo ó qué sé yo, le hicieron creer que éramos personas de suposicion para que nos hubiera dejado en paz en cada entrada y salida que dábamos al hotel.

De todas maneras, en el evento que el administrador nos hubiera hablado de dinero, yo estaba dispuesto á darle mi reloj en garantía de nuestra deuda.

A las diez de la mañana nos dirigimos al correo, temerosos de que all se.

ñor Bompiani se le hubiese olvidado su promesa de mandarnos la libranza y entónces nuestra situacion se empeoraba andando las calles de Nápoles como unos párias, sin gozar de la novedad que nos causarían los nuevos objetos y siempre con el temor de que nos faltara el único hotel que nos albergaba y los alimentos que nos sostenian.

Un vuelco me dió el corazon cuando ví en la lista del correo mi nombre, pues indicaba que desde ese momento éramos ricos, porque contábamos con los medios de subsistir cómodamente y de divertirnos á nuestras anchas.

Abrí inmediatamente la carta que puso en mis manos el empleado de la oficina, ví la firma de Bompiani, comencé á leer y al llegar á la línea que hablaba de la remision de los cien pesos,

—¡Bravo, amigo mio! exclamé, dando un abrazo á Pesado; ahora sí, á pasear, á gozar de las bellezas de Nápoles; ya somos ricos.

Pesado me veía sonriente, y en me-

dio de la dicha que experimentaba, todavía se acordó del robo y dijo con voz amenazante:

—¡Ah ladrones, ladrones!

Muy contentos, regresamos á tomar un almuerzo no á la Cruz de Malta, cuya cocina no era de lo peor, sino al restaurant de "La Europa," en la que se nos sirvió un opíparo almuerzo á la francesa con un par de buenas botellas de vino Chateau Margot, rico café y puros de la Habana.

Eramos ya unos potentados.

Después del almuerzo tomamos un coche y con arrogante voz digimos al cochero:

—*Portateci á Capodimonte.*

Después de haber atravesado algunas cuadradas situadas en el terreno que está al nivel del mar, comenzamos á subir la gradería de colinas semejante á un anfiteatro, sobre la que están colocados templos, palacios y edificios particulares.

Llegamos á una extensa planicie y se nos presentó á la vista la mole del

palacio de Capodimonte ornado por todos lados de magníficas fachadas surtidas de balconería y rodeado de un precioso parque cuya arboleda continúa indefinidamente por la parte Norte. Las puertas principales del edificio caen hacia esta parte y la gran plaza que tienen á su frente está sembrada de césped con algunos buqués de flores y fuentes.

Los patios son enormes, circundados de largos corredores en sus tres pisos, las arquerías monumentales y toda la fábrica es de piedra de recinto azulado.

El palacio de Capodimonte está situado en un lugar delicioso y de todos sus puntos se dominan, por el Norte, un hermoso bosque y el límpido cielo; por el Sur, el magnífico panorama de la ciudad que corre de Este á Oeste, con el Vesubio, el golfo que tiene á sus piés y limitado por dos promontorios; el de la derecha llamado de Meseno y el de la izquierda de Massa. La isla de Capri de un lado y la de Procida del otro y en seguida el Mediterráneo, que des-

cribe una vasta extension: á los piés de la ciudad, los centenares de buques, vapores y botes, que semejan gacelas hendiendo la superficie de las aguas.

No se puede dar vista mas bella que la que ofrece Nápoles por cualquier parte que se la mire: es tan hermosa, que los extranjeros que la visitan, convienen en decir, que ninguna situacion de otra ciudad puede compararse con la de ésta.

Desde donde se domina mas perfectamente á Nápoles, es desde la cima de San Ermo; en ese lugar se abarca el conjunto.

No debe uno maravillarse de que el pueblo napolitano, encantado de la posicion feliz de su ciudad, de su dulce clima, de la fertilidad de sus campiñas, de la belleza de los alrededores y de la grandeza de sus edificios exclame en su lenguaje poético: "*Vedi Napoli é poi mori.*" que equivale á decir: cuando se ha visto á Nápoles, no se tiene que ver nada mas en el mundo.

El palacio de Capodimonte fué co-

menzado desde el siglo XVIII y terminado hasta estos últimos tiempos: todavía en el día que le hicimos la visita se trabajaba en una obra, y esto fué causa de que las puertas de sus salones y galerías estuvieran cerradas y de que nosotros por consiguiente no hubiésemos penetrado á su interior.

De la altura de este palacio descendimos para la calle de Toledo, dirigiéndonos hácia el Este para visitar el palacio Real. Este se encuentra cerca del mar á la extremidad de la calle citada; su fachada es imponente, así como espaciosa sus galerías y salones ricos en pinturas, estucos, estatuas, etc. Este edificio fué elevado en el siglo XVII por Domenico Fontana.

Como el rey de Nápoles estaba proscribo en Roma á causa de la revolucion por la unidad italiana, pudimos Pesado y yo penetrar á las habitaciones del palacio y allí admiramos la riqueza de las tapicerías, la magnificencia de los muebles y todo el servicio real: nos dirigimos á las obras de arte y vimos algu-